

Pérez, Luis Arturo. *Cifra en fuga*. Publicación independiente, 2020.

*Ivette Martí Caloca, Ph. D.
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras*

Dícese que Francisco de Quevedo desplegó su ingenio conceptista al emplear un atrevido calambur frente a Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, quien llevaba con recelo una cojera evidente: «entre el clavel blanco y la rosa roja, Su Majestad escoja». Lamentablemente, la agudeza y perspicacia quevediana no son elementos que asociamos hoy día con la poesía, aunque hay sus felices excepciones, limitadísimas, eso sí. Me confieso inclinada hacia el conceptismo y el culteranismo como mis primeros amores poéticos de muy niña. No había nada que me asombrara más que un buen juego de palabras. Es, sin duda, por ello, que me conmovió tanto este pulcro poemario. *Cifra en fuga*, del poeta puertorriqueño Luis Alberto Pérez¹, es una colección breve, pero contundente, de poemas dividido en tres partes: «Cifra en fuga», que consta de dieciocho poemas; «Tríptico de Urías» que, como anuncia el título, contiene tres; y «Palimpsestos», que se compone de ocho. Esta edición, aunque publicada independientemente por el autor, no por ello carece de prurito en su corrección y limpidez.

De sus veintinueve poemas, veinticuatro son sonetos escritos al «itálico modo», sin bien con más destreza que quien acuñó el término, siguiendo completamente la estructura métrica y la rima tradicionales, aunque

¹ Luis Arturo Pérez nació en San Juan, Puerto Rico, en 1971. En 1995 se graduó de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, con una concentración en filosofía. En esta disciplina también cursó estudios de posgrado tanto en la U.P.R. como en Boston University. Reside actualmente en Massachusetts, donde trabaja de intérprete y traductor en el tribunal federal. Algunos de sus sonetos se han publicado en *80 Grados* y varios poemas figuran en *Isla Escrita: Antología de la Poesía de Cuba, Puerto Rico y República Dominicana*, editado por Néstor Rodríguez en Ediciones Amargord. *Cifra en Fuga* es su primer libro, publicado en la plataforma Amazon Kindle Direct Publishing solamente en rústica, pues todavía no hay versión electrónica.

en ocasiones experimente con esta última. Muchos poemas siguen el esquema ABBA ABBA para los cuartetos, por usarlos de ejemplo, mas en otros, vemos una inversión ABBA BAAB, o bien, AABA BABB, entre otras reestructuraciones. Pero más que por su arquitectura, estos poemas se destacan por sus juegos conceptistas y sus perspicaces diálogos intertextuales. Incluso, el poeta inventa múltiples términos para complementar apropiadamente su manera de poetizar. Así pues, entramos al poemario con dos versos tomados del Soneto 65 de Shakespeare que sirven de epígrafe al libro: “O fearful meditation! Where, alack, / Shall Time’s best jewel from Time’s chest lie hid?”. Ese desafío a la muerte solo se logra, según la voz poética del soneto shakesperiano, si pueden brillar en negra tinta sus hermosos versos cuando, al final del soneto nos revela: “That in black ink my love may still shine bright”. Solo mediante su escritura se pueden rebasar los dictámenes de la muerte. Recordemos, asimismo, que otro tanto haría Cervantes, contemporáneo estricto del autor isabelino, quien desde su enigmático «lugar de la Mancha» abre la maravilla de su novela con la mancha de tinta que corre hasta que, como tan bien nos ha enseñado Luce López-Baralt, esta se seca en la mágica pluma del sibilino Cide Hamete Benengeli colgada de la espetera al final del *Quijote* de 1615². Y he aquí uno de los triunfos del poeta que nos ocupa, puesto que su tinta negra y firme corre por estas páginas que ciertamente lo inmortalizarán en la poética de estos tiempos. Su vuelta a los clásicos me llena de esperanza; de la misma esperanza que debió sentir quien, frente a algunos cuadros de Salvador Dalí, intuía y entendía que allí había más de la pintura del Renacimiento y Barroco de lo que muchos le hubieran querido reconocer. Así me asombra este poemario.

El soneto “*Mulholland Drive*” que cierra la primera parte del libro, no solo es un admirable homenaje a Quevedo, sino que nos adentra en la complejidad de sus entramados intertextuales. Se entretiene así el conocido tópico del Eros/ Tánatos no solo a través del intrincado filme del director David Lynch que le presta el título, sino de más de un poema del caballero de la orden de Santiago. Al igual que en la película homónima, el soneto juega con las inversiones, y transforma y violenta sus fuentes. El último terceto, verbigracia, termina evocando la voz del célebre soneto que Dámaso Alonso consideraba «seguramente el mejor de Quevedo,

² López-Baralt, Luce. «El calamo supremo (Al-Qalaman Al-A‘lā) de Cide Hamete Benengeli». *Sharq al-Andalus*, 16-17 (1999-2002): 175-186.

probablemente el mejor de la literatura española»³, es decir, «Amor constante más allá de la muerte». Así pues, lo que constituye el principio del poema quevediano, se convierte en el final del que nos ocupa, evocando la circularidad infinita que en el propio poema del madrileño triunfa sobre la muerte en su verso final («polvo serán, mas polvo enamorado»). Aquel «Cerrar podrá mis ojos la postrera/ sombra que me llevare el blanco día» del comienzo del soneto modelo se convierte ahora en «[...] pues cerrar/ podrán mi sombra tus postreros ojos». Y, al concluir aludiendo a los ojos, nos lleva enseguida a otro soneto de Quevedo, que ya también se encuentra sugerido en el segundo cuarteto al emplear la palabra «saña», a saber, «Alimenté tu saña con la vida» y que, como recordará el lector, concluye «y así, fuego el Amor nos dará eterno/ a ti en mi corazón, a mí en tus ojos». En ambos sonetos barrocos la inmortalidad del amor se convierte en el infierno que quemará por la eternidad a la voz poética. Pero el olvido también está muy presente tanto en este magnífico soneto que nos ocupa, como en sus fuentes. La amnesia con que comienza el filme *Mulholland Drive* abre el primer terceto del soneto que nos ocupa: «A Américas de amnesia accedo», recordándonos además, el reproche de la voz poética quevediana al decir «tanto amé como olvidaste» en «Alimenté tu saña», o la promesa de no seguir las leyes del olvido al beber de las aguas del Leteo en varias ocasiones de «Amor constante más allá de la muerte». De otra parte, en el epígrafe del soneto 146 de Shakespeare, el alma también aniquila a la muerte, aunque desde otras perspectivas. No puedo sino invitar al lector a acercarse a estos poemas por sí mismo para que descubra propiamente la maravilla.

Por otro lado, los «Palimpsestos» que cierran el poemario son, literalmente, eso mismo que anuncian. Allí se entrecruzan con tal maestría por un lado Góngora y por otro, nuestro nunca suficientemente ponderado Francisco Matos Paoli, con tal maestría que, mientras los leía, resonaban con admiración incomparable los versos reconocidos. Los sonetos tanto del autor cordobés, como del puertorriqueño, memorizados y amados desde niña, ahora se transforman en nuevos poemas, sin perder la cualidad fascinante que me había imantado entonces. Es un juego poético formidable, y hecho con tal habilidad, que solo puede calibrarse justamente al experimentarse en propiedad. Sirva de ejemplo el comienzo del Palimpsesto I:

³ Alonso, Dámaso. «El desgarrón afectivo en la poesía de Quevedo», en *Obras completas Tomo IX: Poesía española y otros estudios*. Madrid: Gredos, 1989; p. 440.

Azul se aboca a degustar la huida
en rumor de entrepierna ya estelado.
Tornó a lidiar con mi rencor tu lado
—tu cúspide se arista en don que olvida.

El lector avisado reconocerá súbitamente el soneto de Góngora cuyo primer cuarteto reza:

La dulce boca que a gustar convida
un rumor entre perlas destilado
y a no invidiar aquel licor sagrado
que a Júpiter ministra el garzón de Ida.

Como podemos apreciar enseguida, se repite no solo la rima exacta, sino también la acentuación rítmica (2-4-8-10/ 3-6-10/ 2-4-8-10/ 2-6-10), el ritmo e incluso se emplean unas especies de calambures que convierten el poema en uno nuevo, sin dejar de evocarnos el original. Aun así, no es solo en estos últimos poemas que asoma el eco de los grandes poetas, sino que se encuentran presentes a través del libro. Solo me resta decir que, como estudiosa del Siglo de Oro, recibí con agradecida sorpresa este homenaje a los autores que revolucionaron la poesía para siempre.